

# El profeta en la guerra

Kurt Shaw

El frente de la guerra civil colombiana no parece un lugar muy propicio para que los niños reflexionen sobre la ética.<sup>1</sup> Los niños y adolescentes reclutados como soldados en esta brutal e inmisericorde guerra han visto cómo el mal se convertía en algo natural. Paramilitares, guerrillas y ejército masacran a civiles si consideran que con eso avanzarán su estrategia. Todos los contendientes financian su lucha vendiendo cocaína, robando tierras y ganado y secuestrando. Las violaciones se han convertido en una forma más de control social. Muchos observadores creen que los contendientes reclutan niños porque son moralmente maleables, más fáciles de manipular para que cometan crímenes de guerra que desempeñan un papel fundamental en el conflicto. Tras trabajar estrechamente con estos chicos, creo exactamente lo contrario: para muchos niños soldado, la guerra da lugar a una profunda reflexión ética y teológica.

Mi esposa y yo fuimos a Bogotá para enseñar a un grupo de adolescentes que habían sido soldados de la guerrilla y paramilitares a hacer películas con la esperanza de que una cinta hecha *por* adolescentes que habían estado en la guerra, y no sobre ellos, ayudara a que el público los viera como seres humanos, no solo como el icono del miedo y de la lástima que hemos llegado a asociar con la muletilla «niños soldado». La película que hicieron, en la que transformaban la historia de sus vidas para que el hampa urbana de Bogotá sirviera como metáfora de la guerra, se convirtió en algo más: un texto profético.

Cuando los jóvenes cineastas hablan del tiempo que pasaron en la guerra, describen un mundo en el que el mal es algo cotidiano, normal. Los asesinatos, las violaciones y los robos son algo tan habitual que a nadie le parecen extraños: es lo que hacen los soldados. En retrospectiva, los chicos se arrepienten de lo que hicieron, algunos incluso llegan a decir que ya entonces sabían que lo que hacían estaba mal. Sin embargo, hicieron cosas que reconocen como crueles. Por eso

---

<sup>1</sup> Este ensayo foi publicado en inglés como “The Prophet at War” en *The Harvard Divinity Bulletin*. Traducido por Aida Ramos.

tiene sentido que una de las preguntas fundamentales tras casi todas las escenas de la película que hicieron, *La Ruleta de la Vida*, sea esta: Cuando el mal se convierte en algo cotidiano, ¿cómo puedes escapar de él?

Aunque suene paradójico, muchos de los chicos insistían en que la ética había sido determinante a la hora de tomar la decisión de unirse a las guerrillas o a los paramilitares<sup>2</sup>. Pese a que escuchamos muchas razones para unirse a grupos armados, casi todos los jóvenes cineastas mencionaron una de estas dos motivaciones: querían ayudar a sus madres enviándoles los salarios que recibirían como soldados, o bien buscaban justicia por un daño hecho a sus familias por el ejército enemigo. Su etapa como soldados siguió un camino predecible de desencantos a medida que iban descubriendo que no podrían obtener la justicia que anhelaban y que sus madres no recibirían los salarios prometidos. En lugar de la ética adolescente que les había impulsado a unirse, sus capitanes y coroneles les ofrecían un espíritu de grupo. Este espíritu nacía de una complicidad compartida (por ejemplo, del sentimiento compartido de culpa por una masacre o una violación hacía que la compañía se sintiera más unida<sup>3</sup>), pero también ejercía una poderosa fuerza para controlar el comportamiento del grupo y normalizar el mal hasta convertirlo en algo insípido y necesario. A pesar de todo, incluso cuando el mal se convertía en algo cotidiano los niños sentían que había algo que estaba mal. En la película, querían mostrar el momento en el que el peso del daño que habían provocado caía sobre ellos, lo que les obligaba a dejar los grupos armados y a buscar un futuro nuevo.

---

<sup>2</sup> El estereotipo del niño soldado, ampliamente basado en historias del Ejército de Resistencia del Señor en Uganda, nos hace pensar que los niños solo se unen a grupos armados cuando son obligados o secuestrados. De hecho, la mayoría de los adolescentes con los que trabajamos insistían en que habían *elegido* unirse a las guerrillas o los paramilitares, algunos por las razones éticas aquí mencionadas, otros porque querían escapar de un padre o padrastro agresivo, otros porque buscaban aventura en sus vidas o porque habían sido reclutados por un soldado atractivo del género opuesto.

<sup>3</sup> Según Slavoj Žižek, lo que une a una comunidad no son las leyes en las que todo el mundo cree, sino la forma en la que todos se ven *obligados a quebrantarlas juntos*. Participando en esta «contraley», todo el mundo se une en una especie de «solidaridad culpable». Su ejemplo más impactante viene del Sur de los EE.UU. en la posguerra, cuando las leyes se quebrantaban cada noche. Grupos de vigilancia formados por blancos rondaban las calles linchando a los negros. Se podía perdonar a un hombre que infringiera la ley (por ejemplo robando en una tienda), pero alguien que se negara a participar en estos pecados comunitarios nocturnos quedaba expulsado de la comunidad para siempre, e incluso a veces era linchado por ello. Véase Slavoj Žižek, *The Metastases of Enjoyment*. Londres, Verso, 1994. pp. 54-57 y *My Agony Street*. Santa Fe and Florianópolis: Shine a Light, 2007.

En mucha de la teología y filosofía recientes, el concepto de *hineni* de Emmanuel Levinas se ha convertido en la piedra de toque para este momento de reconocimiento ético, la ruptura que constituye el sujeto ético. Levinas desarrolla esta idea mediante la reflexión acerca de la llamada profética, cuando una persona de otro modo ordinaria responde a Dios con *hineni*, «aquí estoy», demostrando que está dispuesto a obedecer los mandamientos de Yahvé<sup>4</sup>. El profeta, como los niños inmersos en la guerra, vive en un mundo en el que el mal se ha convertido en algo habitual, en el que las personas han olvidado la palabra de Yahvé; en términos que podrían usar los jóvenes cineastas, la gente ha acabado por aceptar el mal y la opresión como una parte normal y necesaria de la vida y de la política. Para romper con esto, Dios ha de llamar a un profeta que les recuerde que tienen que hacer justicia (משפּט), tratar a los demás con amor (חסד) y caminar humildemente con su Dios (Hos 6:8). La elocuente y poderosa filosofía de Levinas comienza en el momento en que la persona escucha esa llamada de Dios o, más precisamente, ve su responsabilidad en el rostro de la viuda, del huérfano o del extraño que sufre<sup>5</sup>. Muchas autoridades talmúdicas insisten en que Abraham aceptó la llamada de Dios «con alegría» o «sin hacer preguntas»<sup>6</sup> pese a que tiene que matar a su hijo; como ellas, Levinas escribe principalmente sobre el reto de armarse de valor para decir *hineni* cuando escuchamos una llamada a la responsabilidad. Los jóvenes cineastas que hicieron *La Ruleta de la Vida* ofrecen un importante prefacio a esta ética, preguntándose cómo alguien puede siquiera oír la llamada a la responsabilidad en el tumulto ensordecedor de la guerra.

Las vidas de estos jóvenes cineastas dan una idea de lo complicado que puede ser oír la llamada de Yahvé, y aún más decir *hineni*. Imaginen a una joven cuyo padre fue asesinado por los paramilitares, cuya familia se ha visto obligada a dejar su casa en el campo y mudarse a un poblado chabolista en las afueras de

---

<sup>4</sup> Véase especialmente Gen 22:1, Is 6:8.

<sup>5</sup> Véase Levinas, Emmanuel, *Totality and Infinity*. Pittsburg: Duquesne University Press, 1969, especialmente la página 39 y siguientes.

<sup>6</sup> Véase especialmente *Genesis Rabbah*, Vayera LV. 6. Citado en Jill Robbins, *Prodigal Son/Elder Brother: Interpretation and alterity in Augustine, Petrarch, Kafka, Levinas*. Chicago: University of Chicago Press, 1991.

Bogotá. Sabe que los tribunales nunca le darán justicia, porque los jueces están aliados con los asesinos. Sin el salario de su padre, la familia pasa hambre. Uniéndose a las guerrillas piensa que puede tener la oportunidad de obtener justicia contra los paramilitares y al mismo tiempo ganar dinero para comprar comida para su madre y sus hermanos pequeños. Pese a que puede que reconozca que tendrá que hacer cosas malas para ayudar a su familia, puede que siga creyendo que es una buena persona porque está haciendo lo mejor para ellos.

Aunque puede que las guerrillas fuercen a la joven a hacer cosas que ella considera que están mal, cada acción puede justificarse por el objetivo a largo plazo de justicia para su padre y comida para sus hermanos pequeños. Ella no condenará una masacre porque las víctimas simpatizaban con los paramilitares. Vigila a prisioneros civiles, pero como fueron secuestrados para obtener un rescate para apoyar la lucha, entiende la necesidad. La violan, pero se dice a sí misma que el sufrimiento es necesario para conseguir lo que quiere<sup>7</sup>. Y con estas pequeñas justificaciones pronto se convierte en alguien a quien su yo anterior no hubiera reconocido. Ha aceptado el mal como algo normal.

*La Ruleta de la Vida* traslada estas historias al paisaje urbano y construye una película de varias historias entrelazadas. Como metáfora de la historia de verse obligado a dejar su casa en el campo por los paramilitares, una de las tramas sigue a una chica que escapa de un padre violento y acaba viviendo en la calle. Perdida y sin amigos, vagabundea por las laberínticas calles de Bogotá buscando a su hermano, que se fue de casa antes que ella. Desesperada, entra en un bar para buscar trabajo, a pesar de que sabe que los únicos trabajos disponibles son para prostitutas. Seducida por el whisky, el dinero y las hermosas bailarinas, está dispuesta a vender su cuerpo cuando ve al camarero del bar: su hermano. Tras el impacto que sufre al reconocerlo, huye.

Muchos de los jóvenes cineastas hablan de amigos e incluso hermanos que se unieron a las filas enemigas y tuvieron que luchar unos contra otros, por lo que la segunda trama de la película cuenta la historia de dos mejores amigos que se convierten en enemigos cuando se unen a bandos rivales. El clímax sigue a

---

<sup>7</sup> Estas notas incluyen las historias de muchos de los participantes.

estos dos personajes, cada uno al frente de una banda que quiere hacerse con el poder en un barrio concreto. La cámara examina a Andrés mientras sube una colina con una chica a la que siempre ha intentado proteger, lamentándose por el giro que ha dado su vida y diciéndole: «Sé que podemos solucionar este problema hablando». Sus palabras son elocuentes y ofrecen una dura crítica de la vida que lleva, pero cuando ve a su enemigo en lo alto de la colina, su primera reacción consiste en amenazarlo y la segunda en sacar su arma.

Cuando los dos rivales sacan sus pistolas, la chica se lanza entre ellos. La imagen se congela cuando el arma se acerca a su cabeza, y luego se convierte en hierba agitada.

Cuando pensaban en momentos de reconocimiento ético, los adolescentes que han visto cómo la guerra normaliza el mal solo encontraron la oportunidad en las circunstancias más extremas. Puede que Levinas use a Abraham o a Elías como metáfora de la capacidad de decir *hineni*, pero a estos chicos no les resultó tan fácil oír la llamada de la conciencia, y mucho menos responder a ella. Su historia está más cerca de la de Jonás, quien solo pudo responder a Dios tras haber sido arrojado de un barco y engullido por una ballena.

Ambas historias de *La Ruleta de la Vida* tienen un final feliz: al fin y al cabo, la película es una especie de autobiografía colectiva, y los cineastas querían mostrar cómo sus vidas están cambiando a mejor. En la primera trama, la chica y su hermano dejan el burdel y conocen a dos directores de documentales que les ofrecen trabajo, y en la segunda, los dos amigos paran antes de disparar. En el punto más extremo de la ética, los personajes –y los adolescentes que los crearon– pudieron salir del abismo ético.

Lamentablemente, aquellos de nosotros que no hemos tenido la desgracia de ser niños soldado podemos no encontrar un modelo para nuestra propia transformación ética en estas historias. Aún así, vivimos en un mundo que ha normalizado el mal. Ya sea la forma en la que invertimos nuestro dinero, la gasolina que usamos para ir al trabajo o simplemente la manera en la que tratamos a nuestros padres, no prestamos atención a las cosas malas que hacemos cada día. Se convierten en una especie de ruido blanco; si se nos pregunta por ello, probablemente sepamos que está mal, pero la mayor parte del

tiempo simplemente no lo pensamos. No tenemos los momentos cinemáticos representados en la película. Nuestra llamada ética tiene que venir de otra parte.

Déjenme contarles otra historia que podría contribuir a mostrar otras formas en las que las personas pueden oír la llamada a la responsabilidad ética. Hace dos años, trabajé con un grupo de jóvenes raperos de las *favelas* más violentas de la ciudad brasileña de Recife, en la que setenta asesinatos cada fin de semana ya no sorprenden a nadie<sup>8</sup>. En medio de ese tipo de violencia, la mayoría de las personas echarían el cerrojo y se esconderían tras paredes de hormigón, pero las madres y los padres pobres no tienen esa opción: si no van a trabajar, ellos y sus hijos morirán de hambre. Para infundirse el valor necesario para salir por la puerta, inventan historias para convencerse de que estarán a salvo a pesar de la batalla campal a su alrededor. En las favelas de Recife, oímos la misma frase una y otra vez: «Merecía morir porque tenía deudas por las drogas, y ya sabes lo que dicen, si no puedes pagar con dinero lo harás con tu sangre». Las personas mueren porque son culpables de algo; yo no soy culpable de nada, así que estoy a salvo. Un silogismo simple y reconfortante. Sin embargo, cuando digo que solo las malas personas mueren, justifico la violencia de las bandas de drogas. Después de todo, «solo castigan a los culpables». Mi argumento los legitima, su reinado se vuelve incluso más terrible, y mueren más niños, tanto los involucrados en asuntos de drogas como los que no.

En el álbum de rap que los chicos grabaron para condenar la violencia en sus comunidades<sup>9</sup>, examinaron precisamente esta lógica. Chipan, de quince años, insistía en que la violencia recae sobre culpables e inocentes:

*Mañana la foto del periódico o la televisión*

---

<sup>8</sup> En Río de Janeiro, las guerras de bandas en los 90 tuvieron una tasa de mortalidad más alta que casi ninguna guerra civil en el mismo periodo [Dowdney, Luke. *Crianças do Tráfico*. RJ: ISER, 2002], y en los últimos años, Recife se ha vuelto más violenta que Río. En concreto recuerdo una conversación con el propietario de un cibercafé que, tras un fin de semana especialmente violento, me dijo esto: «No sé por qué la gente da tanta importancia a los setenta asesinatos del pasado fin de semana. Después de todo, la media es de cincuenta, y fue un fin de semana largo porque el lunes era festivo...»

<sup>9</sup> *City of Rhyme/Ato Periférico*, producido por Shine a Light y DJ Big. Los raperos que grabaron el álbum ganaron el Premio Libertad para Crear 2008 como mejores jóvenes artistas del mundo que trabajan por los derechos humanos.

Descargas disponibles en [www.shinealight.org/CityOfRhyme.html](http://www.shinealight.org/CityOfRhyme.html)

*Puede ser la mía, puede ser la suya  
Su madre llorando, su padre lamentándose,  
Recordando su nacimiento y su primer cumpleaños  
Párese a pensar, intente razonar*

En lugar de pedirle al oyente que “intente razonar”, otros raperos sugieren que todos miremos la *favela* a través de los ojos de un niño. A veces, las letras parecen inocentes, como las de Ítalo, de 13 años, en “La violencia tiene que parar”:

*Digo la verdad  
Para ser un buen ciudadano  
Hay que estudiar, trabajar,  
Así seguro que el futuro cambia*

Ítalo sabe que la violencia no para solo porque alguien te diga que pares. Ha visto demasiados asesinatos como para creer eso. En su lugar, la letra de este rap pide otra cosa: “Mire este lugar a través de los ojos de un niño. ¿No ve algo extraño?” Una afirmación sencilla que todo el mundo sabe, pero que en boca de un niño nos reta a ver el mal al que hemos aprendido a hacer oídos sordos. Y con ese cambio de perspectiva, puede que el adulto sea capaz de ver que es cómplice de la violencia y cómo puede cambiar eso.

El mensaje que los chicos querían transmitir es relativamente sencillo. La profundidad del arte no viene de su contenido, sino del emisor; en términos cristológicos, no procede del mensaje sino del mensajero. Todos sabemos que los niños soldado y los miembros de las bandas son seres humanos con la posibilidad de hacer el bien, pero seguimos cambiándonos de acera cuando vemos a un chico negro que camina hacia nosotros. Este mensaje no pretende enseñarnos nada nuevo, sino pedirnos que hagamos que nuestras acciones se correspondan con nuestras creencias. En lugar de enseñar ética absoluta, los chicos nos piden que entablemos una relación con ellos, que los veamos como auténticos seres humanos. Esta relación convierte nuestra hipocresía en alivio, y nos muestra no solo que estamos haciendo las cosas mal, sino también que nuestras acciones tienen consecuencias.

El desenlace de *La Ruleta de la Vida* apunta a un proceso similar. En la película, las drogas y la delincuencia sirven como metáfora de la vida en la guerra, pero los chicos también querían que la cámara mostrara dónde se veían ellos en un futuro. En las escenas de fanal, varios personajes se unen para emplear lo que ganaron con el tráfico de drogas en hacer un documental que muestre las virtudes de sus barrios. Llamando la atención al hecho de que fueron los propios chicos los que hicieron la película, esta conclusión deja claro que tienen una lección que enseñar con su película. En el breve documental en el que los actores cuentan cómo hicieron la película, uno de los jóvenes insiste:

«Muchachos que sean así como nosotros, que estuvimos en la guerra y todo, tenemos mucho para enseñar. Nosotros también somos personas normales como cualquier otra persona, y tenemos corazón. Y hemos metido todo el entusiasmo, corazón, y empeño a lo que hemos hecho acá en video... Si saben de donde nosotros venimos, somos personas de paz, no como la mayoría piensan, que siempre somos violentos»<sup>10</sup>.

Uno de sus amigos añade:

«Pero ya uno teniendo un proyecto de esto ya hecho, fabricado, y listo, yo creo que al representarlo, al mostrarlo, la forma de pensar va a cambiar, la forma de que lo miren a uno va a ser diferente. Que esta persona tiene estas cualidades... digo, esta persona tiene estas dificultades, pero mire, tiene estas cualidades que sobresaltan lo malo. Y lo bueno de todo ser humano es que tiene cosas malas, pero tiene cosas buenas que pasan por encima de lo malo».

La conversión –o, por usar un lenguaje más seglar, la ruptura de la normalización del mal– exige una profecía. Los jóvenes que fueron soldados han encontrado un

---

<sup>10</sup> “Somos gente de paz; atrás de las cámaras de *Ruleta de la Vida*”. Disponible en [www.shinealight.org/ruleta.html](http://www.shinealight.org/ruleta.html) o en el DVD *La Ruleta de la Vida* (Shine a Light y Taller de Vida, 2009).

nuevo propósito: no solo integrarse en la sociedad y enseñar a otros sobre la guerra <sup>11</sup>, sino crear un mundo «en el que ningún niño tenga que ir a la guerra», como nos contaba el protagonista de la película. Para ellos, como para Elías, Jonás o Pablo, cuando uno oye la llamada de Dios, *hineni* no solo significa «Me arrepiento», sino «Trabajaré por un mundo más justo».

Cuando leo a Levinas, siento que espera de todos nosotros que seamos profetas, que oigamos la llamada a la responsabilidad de manera individual cuando vemos el sufrimiento de la viuda, del huérfano o del extranjero. Tiene sentido para un hombre como Levinas, que sufrió la dureza de los campos de concentración. Sin embargo, lo cierto es que pocos de nosotros pasamos mucho tiempo en el arroyo de Querit con Elías, en el estómago de la ballena con Jonás o en la guerra con los niños que hicieron *La Ruleta de la Vida*. El mal en nuestra vida diaria se ha convertido en algo tan normal y tan aburrido que ni siquiera abre la posibilidad de un giro en la trama. Con nuestros coches y oficinas y tranquilas vacaciones, nos hemos aislado de la cara del otro que pueda llamarnos a la responsabilidad, de la necesidad de decir *hineni*.

De hecho, este era también el caso de la mayoría de la gente en e Israel de los antiguos profetas. La mayoría vivía su vida al día, trabajando para alimentar a su familia y cuidar de sus padres... y a menudo, olvidando su obligación de cuidar de las viudas y los huérfanos y de hacer justicia para los pobres. Sin embargo, sabían que de vez en cuando Dios llamaría a alguien para que hablara por Él, por lo que a veces la gente tenía el valor de escuchar a un profeta. La profecía era una práctica social, una relación entre la gente, no solo entre el creyente y Dios o el sujeto ético y la cara del otro. A veces, temo que Levinas haya pasado por alto este detalle, pero los niños de Colombia y Brasil nunca lo hacen.

¿Quiénes son nuestros profetas entonces? ¿A quién tenemos la responsabilidad de escuchar? Yo voto por los niños y los adolescentes en los márgenes de la sociedad: niños soldado, niños de la calle, pandilleros, niños

---

<sup>11</sup> Para añadir un ejemplo real a un ensayo altamente teológico, pese a que casi la mitad de los miles de niños que intentan dejar la guerra acaban volviendo con las guerrillas o los paramilitares, [“Gobierno perdió la pista de 212 niños desmovilizados de las autodefensas”. *El Tiempo* (Bogotá). 6 de octubre de 2007], ninguno de los 15 adolescentes que hicieron *La Ruleta de la Vida* ha vuelto a combatir.

indios que venden artesanía para mantener a sus familias... Los niños de la periferia aún pueden decir *hineni*. Aún ven el mal y la violencia y la opresión que hemos asimilado en nuestro punto ciego ético, en parte porque son víctimas de esa hipocresía y en parte porque se toman en serio las lecciones éticas que les enseñan sus padres y madres.

Por lo general representamos a los profetas como hombres con barba larga, pero la verdad es que la mayoría de los adultos hemos desarrollado una gran habilidad de *no* oír la llamada de Dios, de aceptar la normalidad del mal. No es el ruido de la guerra lo que nos ensordece, sino la repetición de nuestra vida cotidiana. Esta capacidad ni siquiera es algo consciente, solo la habilidad de pasar por alto cosas que podrían complicarnos la vida. Los niños y los adolescentes aún no han aprendido esas lecciones. Por mucho que tratemos de enseñarles, no han aprendido que las víctimas de asesinato de la *favela* son culpables ni que matar a otro en una guerra está justificado. Incluso con una pistola en la mano, no acaban de creérselo.

Para la mayoría de nosotros, la llamada a la responsabilidad ética no viene de la muerte de un amigo en una guerra de bandas ni de encontrar a nuestro hermano en un burdel. Así pues, tenemos la responsabilidad de escuchar: a los adolescentes que han huido de la guerra, a la música de los niños de la *favela*, a nuestros propios niños cuando señalan nuestras elegantes hipocresías. Son los profetas en chiquito de nuestro tiempo, nos retan a romper con el mal cotidiano que hemos acabado viendo como algo normal o necesario.